

843  
7

am. \_\_\_\_\_  
úm. A. <sup>N</sup> 2860 \_\_\_\_\_  
Núm. Adg. 30854 \_\_\_\_\_  
Procedencia. - 8 - \_\_\_\_\_  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó \_\_\_\_\_

I.



cababan de dar las seis en el reloj de *cucú* del comedor, y Chanteau, perdida toda esperanza, levantóse penosamente del sillón en que calentaba sus hinchadas piernas de gotoso, delante de un buen fuego; desde las dos aguardaba á la señora Chanteau, que volvía de París, después de una ausencia de cinco semanas, acompañando á su pequeña prima Paulina Quenu, pobre huérfana de nueve años, de cuya tutela se había encargado el matrimonio.

—Esto es inconcebible, Verónica—dijo él, empu-



jando la puerta de la cocina.—Por fuerza les ha ocurrido alguna desgracia.

La doméstica, muchachota de treinta y cinco años, con manos hombrunas y faz de gendarme, hallábase en actitud de separar de la lumbre un jigote que parecía cocerse demasiado, y aunque no refunfuñaba, la piel áspera de sus mejillas se estremecía al impulso de la cólera.

—La señora se habrá quedado en París—dijo secamente.—¡Con todas estas historias que no tienen fin, parece que la casa está levantada!

—No, no—replicó Chanteau.—El telegrama de anoche anunciaba que se habían arreglado en definitiva los asuntos de la pequeña..... La señora ha debido llegar esta mañana á Caen, donde se habrá detenido, para descansar, en casa de Davoine; á la una volvería á tomar el tren; á las dos se apearía en Bayeux; á las tres el ómnibus del padre Malivoire la dejaría en Arromanches, y aunque el mismo Malivoire no hubiese enganchado inmediatamente su vieja berlina, sin embargo, la señora habría podido estar aquí á las cuatro ó cuatro y media lo más tarde..... ¡Si no hay más de diez kilómetros desde Arromanches á Bonneville!

La cocinera, fija su mirada en el guisado, escu-

chaba aquellos cálculos moviendo la cabeza; y él añadió, no sin vacilación:

—Tú, Verónica, debías ir á ojear el camino desde la esquina.....

Ella le miró, más pálida todavía, con su cólera mal reprimida.

—¡Vaya! ¿por qué? Ya está fuera el señor Lázaro que ha salido á su encuentro, y no hay necesidad de que yo salga para encharcarme hasta las caderas.

—Sí..... pero.....—murmuró Chanteau dulcemente; —la verdad es que también estoy inquieto por mi hijo, que no vuelve. ¿Qué puede hacer ahí, en el camino, más de una hora?

Entonces, sin hablar más, Verónica descolgó de un clavo su viejo chal de lana negra, en el que se envolvió la cabeza y los hombros, y dijo brusca-mente á su amo, que la seguía por el corredor:

—Volved á la chimenea, si no queréis vocear mañana todo el día con vuestros dolores.

Y cerrando la puerta con fuerte golpe se puso las almadreñas, salió á la calle y dijo en voz alta:

—¡Ah! ¡Dios de Dios! He aquí una mocosuela que se puede lisonjear de traer toda la casa al retortero.....

Chanteau permaneció tranquilo; estaba acostumbrado al carácter violento de aquella muchacha, la



cual había entrado en su casa á la edad de quince años, en el mismo día de su matrimonio.

Cuando dejó de oír el ruido seco de las almadreñas, se escapó, como escolar en vacaciones, y fué á situarse al otro lado del corredor, delante de una puerta de cristales que daba hacia el mar; y allí, pequeño y barrigudo, de rostro colorado, mirando al cielo con sus grandes ojos azules, bajo el nevado casquete de sus cabellos, cortados al rape, se olvidó un instante de sus zozobras.

Tenía apenas cincuenta y seis años, y los accesos de gota le habían envejecido prematuramente; con su mirada vaga, aislado en su misma inquietud, pensaba entonces en que la pequeña Paulina acabaría por conquistar el carácter indómito de Verónica.

Además, ¿qué culpa tenía él?

Cuando su notario de París le hubo escrito que su primo Quenu, viudo hacía seis meses, acababa de morir encargándole en el testamento de la tutela de su hija, no se sintió con fuerzas para rehusar tal encargo; sin duda se veían muy poco; la familia estaba dispersa, el padre de Chanteau había tenido en otro tiempo en Caen un comercio de maderas del Norte, después de dejar la Provenza y recorrer la Francia entera como simple obrero de carpintería, mientras

que el pequeño Quenu, desde la muerte de su madre, había desembarcado en París, donde otro de sus tíos le había cedido más tarde una gran salchichería, en pleno barrio de los Halles; apenas se habían encontrado dos ó tres veces, cuando Chanteau, obligado por sus dolencias á dejar el comercio hizo algunos viajes á París con el objeto de consultar á los médicos más renombrados antes de retirarse á su casa de Bonneville; mas á pesar de todo, los dos parientes se estimaban, y el salchichero, al fallecer, soñaba quizá para su hija con el ambiente saludable de la marina, y como la dejaba en herencia su rica salchichería, la muchacha estaba muy lejos de ser una carga para nadie.

En fin, la señora Chanteau había aceptado tan vivamente, que ella misma, para evitar á su marido la fatiga peligrosa de un largo viaje, partió en seguida, dejando arreglados todos sus negocios; y al señor Chanteau le satisfacía que la mujer estuviese contenta.

Pero, ¿por qué no llegaban las dos? Volvían á asaltarle temores al ver el cielo lívido, por cuya anchura el viento del Oeste hacía rodar negros nubarrones, cuyos bordes se arrastraban á lo lejos por el mar.

Acaecía entonces una de esas borrascas de Marzo,



en las que marejadas del equinoccio baten furiosamente las costas; las olas, que comenzaban á encreparse, destacaban sobre el horizonte una faja blanca, una espuma suave y desvanecida; la ancha playa, una línea accidentada de rocas y algas sombrías, y una llanura alfombrada de charcos negros, como vestida de luto, ofrecía un aspecto melancólico y triste bajo la penumbra del crepúsculo, que comenzaba á caer de las fugitivas nubes.

— ¡Tal vez la fuerza del viento las ha hecho volcar en algún bache! — murmuró Chanteau.

Sentía necesidad creciente de ver lo que ocurría: abrió la puerta de cristales, y se arriesgó á salir, con sus zapatillas de orillo, sobre el pavimento de la terraza que dominaba á la aldea; algunas gotas de lluvia, azotadas por el huracán, le salpicaron el rostro, y una ráfaga terrible hizo crujir su bata de gruesa lana azul; avanzó lentamente, sin casquete, con su cargada espalda, y fué á ponerse de codos sobre el malecón de la terraza para observar el camino á lo lejos.

Este camino descendía entre dos acantilados y como si fuese una abertura en la roca, donde se habían amontonado algunos metros de tierra, en los que se alzaban las treinta ó cuarenta casuchas de Bonneville, y cada gran marea parecía como que hu-

biera de aplastarlas contra la rampa, sobre su angosto lecho de guijarros; á la izquierda había un pequeño puerto, una banda de arena donde los hombres izaban, á gritos acompasados, una docena de barcos; apenas vivían allí doscientos habitantes, pegados á las rocas de la costa, con la adhesión estúpida de moluscos; por encima de las barracas miserables, cuyos techos eran arrancados todos los inviernos por las olas, no se veía otra construcción sino la de la iglesia, á la derecha, y la casa de los Chanteau, á la izquierda, separadas por el barranco del camino. Eso era Bonneville.

— ¡Uff! ¡Qué tiempo tan perverso! — dijo de pronto una voz.

Chanteau, levantando la vista, reconoció al cura, el abad Horteur, un hombre rechoncho y de aspecto de paisano, cuyos cincuenta años no habían hecho blanquear sus rojos cabellos: delante de la iglesia, en el terreno del cementerio, el buen clérigo se había reservado un huerto, y estaba allí, mirando sus lechugas tempranas y sujetando su sotana entre las piernas, para que el huracán no se la pusiese en la cabeza.

Chanteau, que no podía hablar y hacerse oír contra el viento, se contentó con saludarle con la mano.

— Creo que hacen perfectamente retirando sus

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cddo. 1625 MONTERREY, MEXICO



barcas—dijo el cura á voz en grito—porque antes de las diez todas ellas bailarán en sus lechos.

Y como una ráfaga violenta le pusiese al fin la sotana en la cabeza, desapareció en seguida detrás de la iglesia, mientras que Chanteau, que se había vuelto encorvando las espaldas para resistir al golpe del huracán, miraba, con ojos llenos de lágrimas, á su pobre jardín, abrasado por la mar, y á su casa de ladrillos y adobes, de cinco huecos, y cuyas persianas, no obstante sus abrazaderas y clavos, amenazaban ser arrancadas de cuajo.

Cuando la ráfaga pasó, inclinóse de nuevo sobre el camino, y pudo ver á Verónica, que volvía agitando los brazos.

—¡Cómo! ¿habéis salido? Pero ¿queréis entrar inmediatamente, señor?

Y habiéndole alcanzado en el corredor, le riñó ásperamente, como á niño sorprendido en una falta; y ¿por qué hacía esa locura el buen hombre, si al día siguiente, recayendo en su enfermedad, ella tendría la obligación de cuidarle?

—Pero, ¿no has visto nada?—preguntó él con sumiso tono.

—Nada, absolutamente nada..... Por fuerza la señora ha buscado albergue en alguna parte.

Chanteau no se atrevía á decirla que debía haber ido más lejos, y ahora la ausencia de su hijo era lo que más le atormentaba.

—Lo que yo he visto—añadía la criada—es que todo el país está en el aire.... Han tenido miedo de llegar hasta aquí. Ya en Septiembre la casa de los Cuche se abrió de arriba abajo, y Prouane, que subía ahora á tocar al *Angelus*, acaba de jurarme que mañana estará ya arruinada.

Pero en aquel instante, un mocetón de diez y nueve años saltó de una zancada los tres peldaños del vestíbulo: tenía ancha frente, ojos muy claros, y fina barba castaña rodeaba su largo rostro.

—¡Ah! ¡tanto mejor! ¡Aquí está Lázaro!—dijo Chanteau alegremente.—¡Pobre hijo mío, cuánto te has mojado!

El joven colgaba en el vestíbulo su gabán, empapado en la lluvia.

—¿Y qué?—preguntó de nuevo el padre.

—¡Nadie!—respondió Lázaro.—He ido hasta Verchemont, y allí he esperado, bajo el cobertizo de la posada, con la mirada fija en el camino, que es un río de fango..... ¡Nadie!..... Entonces, temiendo que estuvieras inquieto, he vuelto.

Lázaro había salido del colegio de Caen en Agos-



to, después de haber recibido el título de bachiller, y hacía ya ocho meses que vagaba por las costas, no decidiéndose á emprender ninguna carrera, y sólo apasionado por la música, con harto disgusto de su madre, la cual había partido muy incomodada por que él rehusó acompañarla á París, donde la buena señora pensaba proporcionarle una regular posición.

—Ahora que ya te he prevenido—añadió el joven—te dejo y marchó á Arromanches.

—No, no—exclamó Chanteau;—es casi de noche, y no es posible que tu madre nos deje sin noticias tuyas..... Espero algún telegrama..... Pero ¡calla! Parece el ruido de un carruaje.....

Verónica había entreabierto la puerta.

—Es el cabriolé del doctor Cazenove—anunció la criada.—¿Debía venir el médico, señor?..... ¡Ah, Dios mío! ¡Si es la señora!

Todos bajaron rápidamente al portal: un grueso mastín, cruzado de Terranova, que dormitaba en un rincón del vestibulo, se lanzó afuera con furiosos ladridos, y una pequeña gata blanca, de aspecto delicado, apareció en el umbral de la puerta, y no atreviéndose á salir á la calle, henchida de lodo, sacudió con disgusto su cola, y sentóse en lo alto de la escalera para ver desde allí.

Mientras tanto, una señora como de cincuenta años había saltado del cabriolé con la agilidad de una muchacha: era pequeña y delgada, con su pelo todavía muy negro y su rostro agradable ornado con gran nariz de ambiciosa.

El perro, de un salto, la puso las patas sobre los hombros, para abrazarla, y ella le rechazó incomodada.

—Vamos, Mateo, ¿quieres dejarme en paz?..... Pero, animal, ¿has concluido?

Lázaro, detrás del perro, atravesó el patio, y gritó para preguntar:

—¿Ninguna desgracia, mamá?

—No, no—respondió la señora Chanteau.

—¡Dios mío! estábamos inquietos—dijo el padre, que había seguido á su hijo á pesar del viento.—¿Qué es lo que ha ocurrido?

—¡Oh! mil fastidios por el tiempo.....—contestó ella.—Primero, los caminos están tan malos, que hemos empleado dos horas en venir á Bayeux; después en Arromanches, un caballo de Malivoire se rompió una pata, y como el buen hombre no podía darnos otro, llegué á creer que hubiéramos tenido precisión de hacer noche en su casa..... Afortunadamente el doctor ha tenido la amabilidad de pres-



tarnos su cabriolé, y el bravo Martín nos ha conducido....

El bravo Martín, el cochero, era un anciano que tenía una pierna de madera, antiguo marinero operado por el cirujano de marina Cazenove, á cuyo servicio entró luego.

La señora Chanteau le dijo:

—Martín, ayudad á la niña á apearse.

Nadie había pensado en la niña, y como la capota del cabriolé caía muy abajo, sólo se le veía su falda de luto y sus dos pequeñas manos con guante negro; pero ella no esperó á que el cochero la ayudase, sino que saltó ligeramente en seguida.

Continuaba soplando el vendaval, y los vestidos de la niña se levantaron, á la vez que los bucles de su cabello se arremolinaron bajo el velo del sombrero; era muy robusta para sus diez años, y tenía los labios gruesos, y el rostro lleno y blanco, con esa blancura enfermiza de las muchachas que vegetan en las trastiendas de París.

Todos la miraban: Verónica, que llegó entonces á saludar á su señora, se había parado al verla, con el semblante frío y receloso; pero Mateo no imitó esa reserva, sino que se lanzó á los brazos de la niña, y lamíó su cara con un lengüetazo....

—No tengas miedo—exclamó la señora Chanteau.

—¡Si no lo tengo!—respondió dulcemente Paulina.—Me agradan mucho los perros.

Y en efecto, estaba serena, á pesar de las bruseas acometidas del perro, iluminándose su grave rostro con dulce sonrisa, á pesar de su luto, y en seguida dió un fuerte beso en el hocico reluciente del mastín.

—¿Y á las gentes, no las besas?—dijo la señora Chanteau.—¡Vamos! Ahí tienes á tu tío, puesto que á mí me nombras tía.... Aquí está tu primo, un galopin que es bastante menos juicioso que tú.

La niña no se lo hizo repetir; abrazó y besó á todos, teniendo para cada cual alguna palabra amable, con la gracia encantadora de una parisiense que ya está acostumbrada á las delicadezas de la cortesanía.

—Tío mío, os doy gracias por la buena voluntad con que me acogéis en vuestra casa.... Ya veréis, primo, cómo haremos buenas amistades....

—¡Pero si esta muchacha es encantadora!—exclamó Chanteau entusiasmado.

Lázaro la miraba sorprendido, porque se la había imaginado más pequeña y con la brusca franqueza de las niñas casi abandonadas.



—Sí, sí, encantadora—repitió la mujer de Chanteau—y brava..... ¡Oh! ¡no podéis formaros idea! El viento nos azotaba de frente en ese cochecillo y nos cegaba con menuda lluvia, con polvo de agua. ¡Veinte veces he creído que la capota se rasgaria como una vela raida! Pues bien; ella se divertía con todo eso..... Pero, ¿qué hacemos aquí? Es inútil mojarnos más, que la lluvia vuelve á empezar.....

Y volvió entonces la cabeza para buscar á Verónica, que estaba un poco apartada y con semblante de mal humor, y á quien dijo irónicamente:

—Buenas tardes, muchacha, ¿cómo te ha ido?..... Vaya, pues mientras haces ánimo de pedirme noticias de mi salud, baja á la cueva y sube una botella para Martín, ¿no es verdad? Y ahora sabed que no hemos podido traer nuestras maletas, aunque Malivoire las traerá mañana temprano.....

Interrumpióse de repente, y se dirigió muy asustada hacia el coche.

—¿Y mi saco de noche? ¡He tenido un miedo! ¡Creía que se me hubiera quedado en el camino!

Era un abultado saco de cuero negro, rozado y blanquecino en los ángulos por el uso y por el tiempo; más ella no quiso confiársele ni aun á su hijo.

Dirigieronse todos hacia la casa, en el momento

en que una nueva ráfaga del vendaval les hacia parar, cortándoles el aliento, delante de los tres primeros peldaños, desde los cuales la gata, siempre sentada en actitud de curiosarlo todo, les veía luchar contra el viento; y entonces la señora Chanteau quiso saber si Minucha se había portado bien durante su ausencia.

Paulina, al oír ese nombre de Minucha, tuvo una fina sonrisa en sus labios, y bajándose un poco, acarició á la gata, que fué al punto hacia ella para restregarse contra sus faldas, levantando la cola..... Mientras Mateo aullaba con violencia como para protestar contra su angosta perrera, cuando la familia toda entraba por fin en el vestibulo de la casa.

—¡Ah, qué bien se está aquí!—exclamó la madre. ¡Creí que no llegaríamos nunca!..... Calla, Mateo, calla, y déjanos tranquilos, que ya sé que eres un buen perro. ¡Oh, Lázaro! te suplico que le hagas callar, porque sus ladridos me desgarran las orejas.....

El perro marchaba delante, y la entrada de la familia Chanteau en el comedor se verificó al compás de aquella alegre música canina; al frente de todos iba Paulina, la nueva señorita de la casa, y detrás seguía Minucha, cuyo pelo nervioso se estremecía con tanto ruido.



En la cocina, mientras tanto, el buen Martín había bebido en dos momentos dos buenos vasos de vino, uno tras otro, y se marchaba ya, pateando ruidosamente con su pierna de palo, después de agitar las buenas noches á toda la gente; y Verónica, que puso al fuego su guisote, porque estaba frío, se capareció y dijo:

—¿Se va á comer?

—¡Ya lo creo!—dijo Chanteau.—Han dado ya las siete.... Pero será necesario, hija mía, esperar á que la señora y la niña cambien de traje....

—¡Pero si no tengo las maletas de Paulina!—dijo la señora Chanteau.—Afortunadamente no nos hemos calado hasta la ropa de debajo.... Quitate el abrigo y el sombrero, querida mía.... Verónica, ayúdala y descalzadla, ¿no es verdad? Sí, sí, que tengo lo necesario para eso....

La doméstica se arrodilló delante de la niña, que estaba sentada, y entretanto la vieja sacaba un par de zapatillas de fieltro, que colocó en los pies de Paulina; haciéndose descalzar ella misma después de todo, y poniéndose otras zapatillas iguales.

—¿Sirvo la comida?—preguntó Verónica.

—Inmediatamente.... Paulina, hija mía, vamos á la cocina para lavarte las manos y pasarte por la

cara un paño mojado.... Tenemos hambre, y dejaremos para mañana la limpieza general.

Paulina fué la que reapareció primero, dejando á su tía con las manos en la jofaina; el señor Chanteau volvió á situarse delante del fuego de la chimenea, hundido en su enorme sillón de terciopelo amarillo y frotándose las piernas con un movimiento inconsciente, por el temor de un próximo acceso de gota; Lázaro estaba de pie al lado de la mesa, en la que habia cuatro cubiertos hacia más de una hora, y cortaba rebanadas de pan.

Los dos hombres, algo turbados con la presencia de la niña, sonreíanla tímidamente y no hallaban palabras que dirigirla; pero ella, con la mayor naturalidad del mundo, paseaba su mirada por la salita, desde el aparador y la media docena de sillas de nogal hasta la vieja lámpara de cobre barnizado que pendía del techo, parándola únicamente para examinar las cinco litografías que, representando las estaciones y una vista del Vesubio, se destacaban en dorado marco sobre el papel obscuro de las paredes.

Sin duda alguna el falso artesonado de encina pintada, que descubría su fondo de yeso á través de varias rozaduras, y el pavimento de madera man-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"FONSO REYES"  
525 MONTERREY, MEXICO



chada de grasa, el abandono y la incuria que reinaban en aquella sala común, donde vivía la familia Chanteau, traían á su memoria la bella salchichería de mostrador y aparadores de blanco mármol que acababa de dejar en París, porque sus ojos se entristecían, y tal vez adivinaba los rudos desabrimientos escondidos bajo la tranquilidad aparente de aquel nuevo domicilio.

En fin, su mirada, después de posarse en un barómetro muy viejo y en un cuadro de madera dorada, se fijaron en una construcción extraña que se alzaba sobre la meseta de la chimenea, bajo una caja de cristal cuyas aristas estaban unidas por medio de delgadas tiras de papel azulado.

Hubiérase dicho que aquello era un juguete, un puente en miniatura, pero puente de armazón complicadísima.

—Tu tío ha hecho eso, muchacha—dijo Chanteau, halagado por encontrar un asunto de conversación.—Sí, tu tío y mi padre, el cual empezó á vivir siendo carpintero..... Yo he guardado siempre respetuosamente su obra maestra.

El buen hombre no se ruborizaba de su origen, y la señora Chanteau toleraba aquel puentecillo sobre la chimenea, no obstante el mal humor que la pro-

ducía tal curiosidad mecánica, por recordarla á todas horas su matrimonio con un hijo de obreros.....

Pero la muchacha no atendía ya á su tío; por la ventana acababa de descubrir el inmenso horizonte, y cruzando rápidamente por la sala, se plantó delante de los cristales, cuyas cortinas de blanca muselina estaban levantadas hacia los lados con abrazaderas de algodón.

Desde su partida de París el mar era su idea fija, su preocupación constante; soñaba con él su inocente pensamiento, y no cesó de preguntar á su tía en el vagón, anhelando saber á cada instante si el mar no se quedaba detrás de ellas.

Al llegar á la playa de Arromanches, la niña parecía como extática, con los ojos muy abiertos y el corazón hinchado por hondo suspiro; luego, desde Arromanches á Bonneville, no cesaba de sacar su cabeza fuera del carricoche á pesar del viento, para mirar hacia la izquierda y ver que el mar las seguía; y ahora el mar estaba allí todavía, y estaría siempre allí, con ella misma, como si fuese cosa propia, y lentamente, con una mirada intensa, parecía querer tomar posesión de él.

La noche caía del cielo blanquecino, donde el huracán azotaba la carrera desenfundada de las nubes;



no se distinguía, en el fondo del caos creciente de las tinieblas, sino la palidez fulgurante de las olas que se empujaban y crecían; aquello era una espuma blanca siempre ensanchándose, una sucesión de sabanas inmensas que se desarrollaban, que inundaban los campos, que envolvían los peñascos al deslizarse por ellos dulcemente, como si los mecieran con suave caricia.

Pero á lo lejos el fragor de las olas crecía, crestas enormes se amontonaban, un crepúsculo de muerte pesaba sobre la costa, sobre el pueblo desierto y cerrado detrás de sus puertas, mientras que las barcas abandonadas yacían en lo alto de las rocas, semejantes á cadáveres de colosales peces encallados en la costa.

La lluvia inundaba á la aldea con una niebla humeante, y sólo se recortaba entre jirones de pálidas nubes la silueta negruzca de la iglesia.

Paulina no habló; su corazón volvió á levantarse con hondo suspiro; se ahogaba ante aquel espectáculo, y todo su aliento parecía brotar de sus labios.

—¿Eh? ¿es más grande que el Sena? — dijo Lázaro colocándose detrás de ella.

Aquella muchacha continuaba sorprendiéndole,

porque desde que la había visto experimentaba una timidez de solterón torpe y desmañado.

—¡Oh, sí! — respondió ella en voz muy baja y sin volver la cabeza.

Él anhelaba tutearla y se reprimió.

—¿No os asusta esto?

Entonces Paulina le miró con aspecto de asombro,

—No. ¿Por qué ha de asustarme? Seguramente el agua no subirá hasta aquí.

—¿Eh? ¡no sabemos nada de eso! — contestó él, como si cediese al deseo de burlarse de la niña. — Hay ocasiones en que el agua pasa por encima de la iglesia.

Pero ella rompió á reír; en sus pocos años, en su reflexión inexperta, aquella risa era un estallido de alegría ruidosa y fresca, alegría de una persona razonable á quien sorprende la gracia de lo absurdo.

Y entonces fué ella la que tuteó al joven, tomándole las manos como para jugar, y diciéndole:

—¡Oh, primo! ¿me crees tan necia? ¿Estarías aquí si el agua pasase por encima de la iglesia?

Lázaro reía también, y estrechaba las manos de la niña como si ambos fuesen buenos compañeros de juego.

Justamente la señora Chanteau entró en la sala



en medio de aquella explosión de alegres risotadas, y dijo así frotándose las manos:

—El conocimiento está hecho. Ya sabía yo que pronto os entenderíais.

—¿Sirvo, señora?—interrumpió Verónica, que estaba de pie á la puerta de la cocina.

—Sí, sí, hija mía..... Pero me parece que debes empezar por encender la lámpara. ¡No se ve!

La noche, en efecto, llegaba tan rápidamente, que el oscuro comedor sólo estaba alumbrado por el reflejo del cok de la chimenea; mas la doméstica encendió la lámpara, y la mesa apareció bajo un círculo de claridad vivísima.

Sentáronse todos, Paulina entre su tío y su primo enfrente de su tía, cuando esta última se levantó nuevamente, con vivacidad de mujer vieja y delgada, que no podía permanecer en su puesto.

—¿Dónde está mi sacco?.... Espera, querida mía, que voy á darte tu copa. Verónica, retira ese vaso, porque esta querida niña tiene la costumbre de beber en su copa.

Y sacó, en efecto, una copa de plata, muy usada, que limpió con una servilleta y puso en la mesa delante de Paulina, dejando luego el sacco detrás de ella, sobre una silla.

Verónica sirvió una sopa de fideos, anunciando con áspera voz que estaba demasiado hervida, pero nadie se quejó, porque todos tenían buena gana; llegó después el cocido, y Chanteau, muy goloso, apenas lo probó, reservándose para el guisado.

Mas cuando éste apareció sobre la mesa estalló una protesta general; aquello era un cordobán desecado que no se podía comer.

—¡Toma! ya lo sabía yo—dijo tranquilamente Verónica.—¡Tanto peor para vos! ¿por qué le habéis hecho esperar?

Paulina cortaba alegremente su ración en pedacitos, y los tragaba sin masticarlos, mientras Lázaro no sabía siquiera lo que tenía en su plato; se hubiera engullido rebanadas de pan, creyendo que eran pechugas de gallina.

Sin embargo, Chanteau miraba tristemente el guisado.

—Y después de esto, Verónica, ¿qué falta?

—Patatas salteadas, señor.

El desgraciado hizo un gesto de desesperación y se hundió en su sitial.

La doméstica añadió:

—¿Quiere el señor un trozo de vaca?

Pero Chanteau rehusó, moviendo la cabeza con